

TU PÁRVULA BOCA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 18

TU PÁRVULA BOCA

por

Ignacio Trejo Fuentes



*F*ICTICIA

MÉXICO

2009

TU PÁRVULA BOCA

D.R. © Ignacio Trejo Fuentes

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V., 2003

Coedición: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Ignacio Trejo Fuentes

D.R. © CECULTAH

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

México, 2009

ISBN CECULTAH: 978-607-7878-00-1

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo

Foto del autor: Mónica Villa

Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Paulina Ugarte

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México D. F.

ISBN: 978-607-7693-08-6

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Segunda edición: septiembre de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

VESTIDO DE NOVIA	13
LOS BOSTEZANTES	15
LUZ DEL NORTE	23
ME LO DIJO ADELA	35
TERNURA FAMILIAR.....	45
EL DÍA DEFINITIVO	49
ROSA DE DOBLE AROMA	53
BESOS DEL DIABLO	59
CARAVANAS CON POEMA AJENO	77
SOY, SEÑORES, LA PAJARERITA.....	89

Este libro está dedicado a tontas y a locas.

Para el Maestro —con cariño— Pepe Arévalo.

Para Ixchel.

*El alcohol es perfecto, es insustituible.
Es una ocupación mayor. Basta ver a
los borrachos en las cantinas: hablan
solos, están en armonía consigo mismos.
¡Son los auténticos reyes del mundo!*

Marguerite Duras

*En la profunda oscuridad de la noche
su carne virgen palpitaba desnuda.*

Gustavo Sainz

VESTIDO DE NOVIA

Para Marcial y Mónica

Nunca la soledad se había mostrado de forma tan rotunda: era exactamente el cincuentenario matrimonial cuando aceptaron que su vida había sido un desperdicio: sin hijos, sin parientes, atendidos tan sólo al sueldo miserable de él, apenas por el vestido níveo que alguien le regalara a ella.

Y sin más, el día de los recuerdos ella fue a su recámara, hurgó en el armario y sacó el antiquísimo vestido que ahora era color perla. Se lo puso con el amor de la primera vez, se maquilló de prisa y salió para mostrarse a su esposo, a preguntarle cómo se veía, si recordaba aquellos tiempos de tanto, enfebrecido amor. Él la miró, confuso, y comprendió que algo nuevo y turbio se había metido en el alma de su mujer: sus ojos brillaban de otro modo, eran como ascuas sonrientes, despiadadas.

Lo pudo confirmar: desde ese día su mujer no se volvió a quitar el vestido de novia, andaba por el apartamento aborta, sumida en sabe Dios qué remolinos, se olvidó de los quehaceres cotidianos, de hacer comida, de asear, y se pasaba la jornada entera mirándose al espejo, corrigiendo alguna torcedura de su obscena máscara pintada hasta que la fatiga la vencía. Él, que regresaba del trabajo cansado e intranquilo por la salud mental de ella, debía quitarle el ropaje apestoso a vejez y vigilar su sueño intranquilo.

Al día siguiente, la historia volvía a repetirse: él preparaba el desayuno y se iba a trabajar —silente y nervioso—, y volvía por la noche para encontrar a su mujer dormida ante el espejo, a quitarle el vestido de novia... Hasta que el ángel de la conmiseración le aconsejó ya no volver a trabajar para estar al cuidado absoluto de la anciana vestida como novia que se había vuelto un cadáver viviente de tanto no comer.

Y el ángel bueno de la muerte dio un aletazo categórico: ella murió, vestida de novia, y qué trabajos pasó él para arrancarle el vestido y amortajarla de la mejor manera.

Los funerales fueron tétricos: nadie asistió al velorio, y menos al sepelio.

Nunca la soledad fue tan espesa para él: pasaba noche y día añorando a su esposa, extrañando a sus inexistentes hijos, rogando a Dios que se apiadara de él y muriera. Fue convirtiéndose, también, en un fantasma silencioso: ya no comía, y andaba por aquí y por allá, en el apartamento, perdido en quién sabe qué turbulentos remolinos.

El ángel terrible del insomnio lo hizo una tarde ponerse el vestido de novia de su muerta mujer, maquillarse y mirarse al espejo hasta que la fatiga lo venció.

Día tras día la misma rutina enmarañada: andar de aquí para allá por el apartamento, mirar en el espejo a un anciano vestido de mujer, de novia triste y cadavérica. Así lo sorprendió el ángel benigno de la muerte: ojeroso y pintado, con su traje de novia. Así lo hallaron los policías convocados por vecinos, llenos de escándalo por el hedor de la putrefacción. Así lo echaron a la fosa común: anciano y apestoso y vestido de novia...

LOS BOSTEZANTES

Para Víctor M. Navarro

Nunca pensé que matar fuera tan fácil, y que hacerlo no implicaría remordimientos, dudas. Es tan gratificante y sencillo como ir a una fiesta.

Al principio me dio miedo saber que pertenecía a una casta: los que no bostezamos.

La nuestra no es una familia evidente y maldita, como la de los vampiros. No es una genealogía específica, y nos reconocemos unos y otros, unas y otras, por simple azar: nos detectamos, sabemos quiénes somos porque algo como un tintinear de cascabeles se desata cuando nos encontramos. No tenemos códigos, bastan nuestras miradas. O mejor dicho: no teníamos proyectos. Ya empezamos a actuar, y me correspondió cometer, por principio, dos crímenes.

Me han dicho que nuestra (¿podré llamarle *cofradía*?) existe desde siempre, y que nuestros antecesores eran perversos y malvados casi por obligación. Quienes no bostezamos somos peculiares, nadie, ni nuestros padres o hermanos y amigos tienen que ver con esto. No bostezamos y ya. Pero quiero contar los efectos de nuestra condición.

A los vampiros —dicen— los hiera la luz del sol, los aniquila. A nosotros nos lastiman profundamente los bostezos; ver bostezar a alguien es como recibir puñaladas, nos enfurece y nos ciega. Me han dicho cosas horripilantes: la quema

de brujas, por ejemplo, no se dio por sus hechicerías ni por sus maleficios, sino sencillamente porque eran bostezantes. En las Inquisiciones se delataba no a los endemoniados, sino a quienes bostezaban. Se ha dicho —aunque yo no lo creo del todo— que atrocidades como el genocidio de Auschwitz, o el episodio de Salem, o las frecuentes inmolaciones de que nos dan noticia los periódicos y la televisión y el radio, se perpetraron contra los bostezantes.

Me tocó ser *uno que no bosteza* ciudadano, habitante de una de las ciudades más grandes del mundo. ¡Cómo se sufre! Es suficiente meterse en el Metro para saber de esas puñaladas de las que hablé: por eso evitamos viajar por las mañanas, o en la noche: cada bostezo es como un estrangulamiento, como una carretada de agresiones. Tampoco vamos a las fiestas ni a lugares donde conviven los *normales*, los que bostezan.

Pero es de los asesinatos de lo que quiero hablar.

Sin saber cómo, exactamente como por un conjuro, me vi una noche en medio de un salón de fiestas. Cientos y cientos de invitados a quienes no conocía, a los que ni siquiera había visto y que no obstante hacían sentir en el ambiente un hálito como reunión de amigos o de hermanos, aguardábamos la presencia de algo.

Aparecieron en el foro dispuesto para el efecto, cinco señores de edad avanzada, vestidos formalmente, y tras saludar fueron de lleno al asunto que propició la reunión.

Éramos *no bostezantes*, y así como éramos capaces de reconocernos unos a otros entre la muchedumbre, fuimos convocados a esa reunión: vínculos familiares que —recordó alguno en el *presidium*— han existido desde siempre. Dirigiéndose a los más jóvenes (aunque yo, que tengo dieciocho años, sentí que me hablaba única y exclusivamente a mí) hizo un recuento a pasos agigantados, recordó sucesos

como los que mencioné al principio y aseguró que nuestra familia se extenderá por todo el mundo.

Otro de los ancianos dijo que por años habíamos permanecido en silencio, conformes con salvaguardarnos por cuenta propia de las asechanzas de nuestros enemigos naturales: los bostezantes. Pero ahora la situación era ya insostenible, no podríamos permanecer inmóviles, silentes, sobre todo en ciudades como ésta, donde la aglomeración, el estrés, el hastío, la pobreza, ponen histéricos a sus habitantes. Muchos de ellos trabajan como bestias, a veces doblan sus horarios en fábricas y en oficinas, y eso explica su irritabilidad, provoca sus bostezos. Es necesario protegernos, actuar en grupo, en forma concertada.

Otro anciano informó a quienes lo ignorábamos los métodos usados por nuestros antepasados para deshacerse de los bostezantes. Era muy fácil: se les envenenaba o, simplemente, se les acusaba de hechicería, de endemoniados, y los jueces —infiltrados siempre por uno de nosotros— los sentenciaban a muerte sin consideraciones. Mas eran otros tiempos. Ahora, en nuestros días, en nuestras urbes, parecemos más indefensos —dijo—, pero no lo somos. Hemos diseñado un programa de acción para matar bostezantes sin que quien los ultime se involucre en líos policíacos, sin siquiera despertar sospecha alguna.

Según explicó, se trataba de hacernos de un anillo que contenía dosis letales de veneno: cada pieza es capaz de exterminar a mil personas. Nos informó que ahí mismo, al término de la reunión, nos serían entregadas a cada cual una pieza, y que del mismo modo inexplicable en que nos habíamos reunido esa noche, sabríamos a dónde acudir para reemplazarla, para recargar el veneno mortal.

Por último, los viejos informaron que acciones similares se estaban poniendo en marcha en las principales ciudades

del mundo: Nueva York, Los Ángeles, Chicago; Roma, París, Londres; Munich, Viena, Bruselas; Moscú, Nueva Delhi, Hong Kong; Río de Janeiro, Santiago, Buenos Aires...

Los ancianos agradecieron nuestra asistencia y nos desearon la mejor de las suertes. Los presentes, los cofrades, los que no bostezamos, nos abrazamos estimulados y felices, como si hubiésemos asistido a una fiesta familiar. Al fin y al cabo era exactamente eso: una familia antigua y reputada.

* * *

Salí a la calle distinto: algo en mí se había convulsionado. Porque hasta esa noche mi relación con los que no bostezan había sido nula, ignoraba la existencia de la hermandad, de la familia. Como dije, nos reconocíamos unos a otros sin necesidad de palabras, pero nunca sospeché pertenecer a una secta. Mi relación con los bostezantes, mis reacciones ante ellos y sus bostezos, me parecía natural: cuando veía que alguien bostezaba sentía que algo helado corría por mis venas, apenas controlaba el impulso de lanzar alaridos y, en determinadas ocasiones, me daban ganas de apretarle el pescuezo. Poco a poco aprendí a controlarme, y sobre todo a eludir los sitios donde los bostezantes se sienten a sus anchas; evitaba viajar en el Metro o en autobuses en horas específicas de la mañana o de la noche; suspendí las fiestas, los velorios, y cada vez que veía que alguien amenazaba con bostezar o de plano lo hacía, cerraba yo los ojos y además me los cubría con las manos y daba la espalda a mi agresor: era como si cerrándome al mundo amenazante, el mundo dejara de existir.

Pero justo cuando esas medidas rudimentarias de protección empezaban a resultar inútiles, asistí a la reunión con mis cofrades.

He sabido —como si hubiese participado de un aprendizaje intensivo— que nuestro rechazo (¿miedo, horror?) a los bostezos y a los bostezantes es progresivo: cuando somos niños eso no nos inquieta, y al parecer la aversión empieza a desarrollarse en la adolescencia y culmina en la ancianidad: no hay nada peor para un viejo de los que no bostezan que un bostezo, es como una puñalada en pleno corazón (como la luz para los vampiros: ahora creo en ellos, sé que existen).

En mi breve experiencia he descubierto que hay gradación en los bostezos: algunos pueden ser tolerables, aunque otros son verdaderas provocaciones al suicidio o al asesinato, por ejemplo, los de quienes además de bostezar hacen escandalosos ruidos. Y peor aún resultan aquellos bostezantes que tratan de hablar mientras bostezan. Y los reiterativos, esos que abren sus hocicos una y otra y otra vez sin contemplaciones, esos que se resisten estúpidamente a dormir: son nuestros peores enemigos.

Imagino que fue algo irracional, no calculado y sin embargo imperativo: llegué a casa, y contra la costumbre me puse a ver televisión con mi familia; evitaba esta forma de entretenimiento porque invariablemente quien ve televisión bosteza. Y mi abuela, la madre de papá, se prodigaba en kilométricos bostezos cada noche antes de pedir que la llevaran a su cama. Esta vez sorprendí a todos al ofrecer hacerme cargo de la abuela. Cuando pidió ser llevada a su recámara la conduje hacia la planta alta de la casa, y al ver que bostezaba, le clavé la punta de mi flamante anillo en plena nuca: la anciana se desplomó como por embrujo: muerta.

Se hizo el escándalo en casa, llamaron inútilmente al médico y no tuvieron más que aceptar que la abuela había muerto de muerte natural, *de vieja*. Lo constató la autopsia, y mi familia se encargó del sepelio. Naturalmente no asistí al velorio ni a los rezos subsecuentes, no fuera a ser

«TU PÁRVULA BOCA» DE IGNACIO TREJO FUENTES
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 2009 EN
LOS TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V.
FERNANDO SOLER NO.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA,
HUITZILAC, MORELOS, C.P. 62510, MÉXICO
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES